

Las Cadenas del Dogma

En nuestro último número comentamos a la ligera y en montón algunas "pequeñeces" recogidas de la lección del discurso pronunciado por el Hon. Rafael Palma ante los graduandos de la Universidad de Filipinas, y como el espacio no daba lugar para mayor extensión, nos comprometimos con el lector a desarrollar en días sucesivos tema de tanta importancia, cuyo desconocimiento ha dado origen a los supuestos "conflictos" entre la Fe y la Religión.

Discutían en cierta coyuntura con gran acaloramiento un entusiasta partidario de Lobatxewsky y otro fiel discípulo del clásico Euclides, y como del curso de la contienda dedujese el primero no hallarse su adversario muy al corriente de los principios metageométricos que tan sañudamente combatía, interrumpió la disputa para preguntar a que ma al euclidiano: "¿Ha estudiado usted alguna vez con el debido detenimiento la geometría de Lobatxewsky." Y habiendo recibido contestación negativa, cerró la reyerta con este ajustado broche: "¡Ah! Pues, en ese caso, no podemos discutir."

Y estaba cargado de razón. La buena marcha de los encuentros académicos queda notablemente entorpecida cuando uno de los contendientes sólo conoce el anverso o el reverso de la cuestión, porque su opositor perderá considerable tiempo y energía mental en la exposición de los argumentos donde descansa la tesis contraria, los cuales apenas hallarán eco en una inteligencia nublada, más o menos, por los humazos del amor propio, interesado en salirse con la suya, más aún que en ver triunfante la verdad.

Algo así les ocurre con frecuencia a los apologistas del Catolicismo. No presentan batalla a los heterodoxos, sino después de haber estudiado por menudo las enseñanzas de la Iglesia y los razonamientos de cuantos las atacan, ya por sistema, ya por convicción, porque no es posible combatir una doctrina, sin disecarla cuidadosamente, y por nadie podrá realizar la disección conveniente, que no tuviese conocimiento minucioso de su contextura interior.

En cambio, tropezamos casi siempre con contrincantes que desconocen, no ya el tejido de los artículos de nuestro Credo, sino hasta sus contornos más salientes, razón por la cual barajan desconsideradamente misterios, dogmas y milagros, artículos de fe y disposiciones meramente litúrgicas, el contenido del Símbolo con las opiniones privadas de tal o cual Pontífice, doctor de la Iglesia o moralista, cuya importancia descansa en la fuerza y peso de la argumentación.

Esta nescencia de los términos de comparación conduce a muchos a la imposibilidad de poderlos amalgamar y, sin pararse en barras, sientan de plano su incompatibilidad. Por eso han proclamado tantos con ligereza la falsa oposición entre la Academia y el Templo. De ahí

se han originado tan frecuentes protestas contra la hipotética tiranía mental impuesta por la religión. Únicamente sentando esa suposición comprendemos que el Hon. Palma haya hablado de "conciencias encadenadas por los dogmas."

Veamos cuán lejos está de la verdad.

Toda religión tiene su fundamento en los dogmas. Para pertenecer a una congregación espiritual es indispensable comenzar por creer. De donde, cuando se afirma la incompatibilidad de la desenfadada investigación científica con la "fe del carbonero", no solamente al Catolicismo se dirige el reproche, mas a cualquiera de las ramificaciones heterodoxas comprendidas con el nombre genérico de Protestante, y aun a aquellos otros que sin estar afiliados a ninguna secta Cristiana, rinden culto sincero a la Divinidad.

Si, pues, existe esa supuesta pugna entre la creencias religiosas y la soberanía de la razón, la historia habrá de presentarnos a toda esa gama de creyentes caminando a la zaga de los incrédulos, siempre que se tratare de avanzar por los espacios inconmensurables de la ciencia, porque si una u otra mentalidad excepcional pudiera acaso quebrantar esa barrera divisoria y moverse libremente en cualquiera de los dos bandos acotados, resulta incomprendible que semejante esfuerzo sea privilegio de la generalidad.

Mas, examinemos los atestados de la historia universal. Todos ellos vienen a confirmar de manera maravillosa el dicho de Pope: "A little learning is a dangerous thing", y más notoriamente aún, por lo que reza con nuestro caso, la conocida sentencia de Bacon: "Un poco de filosofía inclina el espíritu humano al ateísmo, pero grandes y profundos estudios filosóficos conducen el espíritu del hombre a la religión". Apotegmas de suma utilidad cuando se intenta tasar el valor del vocerío proveniente de la acera de allá.

Verdad confirmada por la propia experiencia. Ya no se oye hablar de conflictos entre la ciencia y la fe sino a filosofillos de a centavo la ristra, los cuales serán por ventura doctos y aun sapientes en tal o cual disciplina, pero no tienen la preparación indispensable para descifrar el mundo de misterios ocultos bajo la aparente sencillez de los hechos cuidadosamente registrados en el ramo de su especialización.

Apuntemos algunos datos. Tomamos el primero de un doctor protestante alemán, quien habrá de parecerles a nuestros contendientes menos sospechoso de parcialidad, y más si tuvieren presente haberse publicado la obra en Berlín en días de disensión religiosa, cuando cada luchador está a la caza de los lunares de su adversario y depura sus escritos en el tamiz de una crítica llevada hasta la más ridícula exageración.

Nos referimos al Dr. Dennert, a quien hemos ya citado en más de una ocasión. Ha te-

nido la oportuna ocurrencia de hacer un resumen de las opiniones religiosas de TRESCIENTOS sabios, escogidos entre los más voceados durante las cuatro últimas centurias en las diversas ramificaciones de las ciencias naturales: astronomía, física, botánica, fisiología, biología, anatomía, geología y demás, habiendo obtenido como resultado que DOSCIENTOS VEINTICUATRO fueron creyentes, espiritualistas convencidos y defensores del altísimo y completo acuerdo entre la ciencia y la fe.

La obra está dividida en tres períodos. En el primero, del siglo XV al XVII, cita OCHENTA Y DOS sapientes, de los cuales SETENTA Y NUEVE tenían su Credo religioso y algunos, como Newton, Hygens, Leibnitz, Kepler, Galileo y Copérnico, practicaban con fidelidad. En el segundo período, siglo XVIII, trae a escena CINCUENTA Y CINCO nombres, y de entre ellos sólo cinco son incrédulos o indiferentes, se desconocen las creencias de once y TREINTA Y NUEVE admiten la existencia de Dios, del alma y de la revelación. En el tercer período, siglo XIX, pasa revista a CIENTO SETENTA Y SIETE sabios ilustres, distribuidos de la siguiente manera: CIENTO VEINTICUATRO creyentes, veintisiete sin opiniones filosóficas bien definidas y sólo doce alistados en la incredulidad.

Menester fuera hallarse de todo en todo obcecado de la pasión para no reconocer el alcance de las estadísticas del Dr. Dennert y su escrupuloso cuidado en la clasificación de las celebridades científicas y en el análisis de sus opiniones religiosas, cuando al hacer el recuento definitivo se nota haber deducido algunas cantidades en contra de su misma tesis, lo cual comunica al trabajo un tinte más marcado de imparcialidad.

Nuestra mente no alcanza a comprender cómo

mo pueda, con seriedad y ante una asamblea de ciudadanos consagrados al estudio, hablar de las "cadenas del dogma" un hombre de alguna ilustración que en el curso de sus lecturas hubiese tropezado con Ticho-Brahe, Copérnico, Galileo, Eulero, Kepler, Newton, Leibnitz, Linneo, Faraday, Ampere, Leverrier, Secchi, Dupuytren, Recamier, Pascal, Descartes, Claude Bernard, Becquerel, Regnault, Pasteur, Cauchy, Curie y otros DOSCIENTOS más, que constituyen el Estado Mayor de las ciencias naturales durante estos cuatro últimos siglos, cuando supieron hermanar la fe con la razón, y sólo una VEINTENA de descreídos ha recogido el Dr. Dennert.

Hoy nos gloriamos de rendir culto ilimitado a las ciencias de experimentación. Pues, bien. Las lecciones de la historia son otros tantos hechos que tienen gran valor demostrativo, cuando, en proporción tan exorbitante como la obtenida por el protestante alemán, vienen en apoyo de esta o aquella predisposición psicológica, cuya predominante actuación en los anales de la humanidad se propusiere acaso comprobar el historiador.

Y dígasenos con franqueza y desapasionamiento si teníamos motivos para oponernos a la divulgación del interesante discurso pronunciado por el Hon. Rafael Palma ante los graduados de la Universidad de Filipinas, a menos de podar de él ciertas "pequeñeces", con cuya cercenadura nada perdería la bien pensada alocución y saldría ganando la verdad, porque, como han podido ver nuestros lectores, los más espléndidos cerebros dan testimonio de la armonía maravillosa existente entre la Ciencia y la Fe, entre el "imperio de los dogmas" y la "soberanía de la razón."

LUIS VARGAS.

 *
 *
 *
 *
 *

Dogmatizantes "verdes"

Donde menos se piensa salta la liebre, dice un refrán español. Y ayer la ví yo saltar, durante la conversación, en forma de disparate lógico, histórico, teológico, fisiológico y hasta de sentido común, que en muchos suele ser el menos común de los sentidos.

El amigo que hablaba no era el padre de la criatura; la paternidad del disparate corresponde a un señor, del cual sólo sé que rinde culto a Esculapio, por haberlo así afirmado nuestro interlocutor.

Pues bien; el tal señor o médico definió ex cathedra con una especie de infalibilidad enfática con ciertas exigencias naturales son irresistibles; y por ende que el hombre se ve obligado a alargar a las pobrecitas la limosna de la más cumplida satisfacción. Todo con el fin de desbarrar a troche y moche contra el celibato eclesiástico, tildándolo de imposible.

Ya salió aquello. Nada: uno más que vocea, y que por no pasar las ideas por el crisol de las más elementales leyes del raciocinio, le salen toscas, sin pulimento, en bruto.

Si ese señor o médico ha querido arrojar al rostro del sacerdocio católico un puñado de lodo, sepa que la paletada de fango cae sobre todas las mujeres solteras, viudas y hasta casadas. El pudor pues, de la mujer filipina, tan justamente celebrado por Rizal, y que nosotros reconocemos, admiramos y aplaudimos, derrúmbase de su pedestal al golpe demolidor de esa afirmación.

De justa indignación se llenaría el autor del disparate, como todo hijo de su madre, si alguien tuviese el atrevimiento de aplicar tal principio al sagrado recinto de su hogar. Pero, señor mío, la lógica es implacable, y mientras se sustenten las premisas, hay que preparar el hombro para re-

sistir todo el peso de la conclusión. ¿Que cae con la carga? no hay remedio: a resistir el tremendo porrazo, o a cambiar de casaca, digo, de premisas, con cuyo peso abrumador no pueden sus débiles hombros.

Ese señor sabio, médico, o lo que sea enuncia el postulado científico, según decía mi amigo, después de haber examinado la naturaleza humana. ¡Vamos, hombre! se necesitan toneladas de cachaza para hablar así. Lo que debiera examinar el inocentito señor son las leyes de la lógica, y vería el enorme crimen de lesa inducción física que ha cometido. ¿Habrá de cargar todo hijo de Adán con las picardías y costumbres no santas que haya podido encontrar el flamante examinador en tales o cuales individuos, sus clientes, los cuales, dicho sea de paso, tan mal parados han salido del examen? Habrá de quedar enfangado el lirio del pudor